

CAMILO BARRIONUEVO, *Una Iglesia devorada por su propia sombra. Hacia una comprensión integral de la crisis de los abusos sexuales en la Iglesia Católica* (Universidad Alberto Hurtado, Santiago 2021) 424 p., ISBN: 978-956-357-279-7

El libro intenta ofrecer una visión amplia sobre las causas de los abusos sexuales cometidos por clérigos a partir de la categoría de la “sombra”, propia de la psicología analítica junguiana. Bajo esta categoría quedan englobados los elementos disfuncionales, a juicio del autor, de la vida de los clérigos y de las relaciones de poder al interior de la Iglesia Católica. Una forma breve de las tesis del autor se encuentra en “La tríada sombría del clero: narcisismo, poder y sexualidad”, en C. DEL RÍO (ed.), *Vergüenza. Abusos en la Iglesia Católica* (Ediciones Universidad Alberto Hurtado, Santiago 2020) 167-190. El vínculo entre ambos textos es señalado explícitamente por el autor (14). La fuente principal del contenido del libro es la experiencia docente y clínica del autor (incluso en la atención de víctimas de abuso sexual), apoyada por la revisión de una literatura relativamente amplia sobre los abusos eclesiales. El mismo autor describe con acierto la naturaleza de su texto: un “híbrido entre una reflexión informada, una hipótesis diagnóstica comprensiva multisistémica y una investigación académica dirigida a un público no-académico” (18). Estos distintos niveles coexisten en el texto y, a

veces, comprometen la rigurosidad de la argumentación. También debe destacarse que el mismo autor tuvo contacto estrecho con formas de abuso espiritual en el contexto de otra tradición religiosa y también en la católica. Es razonable pensar que la clave hermenéutica de la víctima es otro principio articulador de su reflexión (20-22).

En la introducción, el autor hace un repaso sobre el fenómeno del abuso sexual en la Iglesia Católica y su encubrimiento, fundamentalmente a partir del análisis de los casos de las Iglesias de USA, Irlanda y Australia, que están entre los estudiados de modo más exhaustivo. A partir de este análisis y de una breve referencia al caso chileno y latinoamericano, el autor concluye, con razón, que el fenómeno del abuso sexual eclesial es un problema sistémico y que el encubrimiento ha sido la reacción primaria ante dicho fenómeno. El autor sostiene la naturaleza multicausal del fenómeno de los abusos sexuales eclesiales, y se distancia enérgicamente de la tesis de las “manzanas podridas”. En realidad, es más bien un presupuesto que sirve de base para ensayar la verdadera tesis del libro: intentar explicar el fenómeno a partir del

concepto junguiano de sombra, que, como el autor describe, corresponde al conjunto de aspectos negativos que el sujeto tiene y de los cuales intenta distanciarse. En ese sentido, la verdadera tesis del libro es que el fenómeno de los abusos se explicaría por la incapacidad de los presbíteros, y de la Iglesia como institución, de lidiar con su propia sombra, la cual es reprimida y negada a favor de una autoimagen idealizada y espiritualizada (46). El libro, por lo tanto, intentará describir el contenido de esa sombra y el fenómeno de su negación y de la autoidentificación de los clérigos y de la misma Iglesia con sus aspectos luminosos y positivos. Esta incapacidad de lidiar con la propia sombra lleva, en opinión del autor, a proyectarla sobre los otros (47), alcanzando el estatuto de neurosis colectiva, sin definir, sin embargo, qué se entiende por esta asimilación a una institución de un concepto aplicado a la psique individual.

El contenido del texto se desarrolla como la explicitación de los conceptos fundamentales que sostienen la tesis: el concepto de sombra (cap. I), el narcisismo de los abusadores (cap. II), el narcisismo institucional o clericalismo (cap. III), la fuga hacia lo espiritual (cap. IV), las derivas patológicas del acompañamiento espiritual (cap. V), la psicopatología del clero católico y sus supuestas bases teológicas (cap. VI), la relación entre celibato y abuso

sexual (cap. VII) y el abuso a mujeres (cap. VIII).

Vale la pena detenerse en la explicación del concepto de sombra que ofrece el autor, dado que este es muy propio de la psicología analítica. La sombra es uno de los complejos del inconsciente del ser humano (que son realidades autónomas, en el sentido de que no están bajo el control del yo consciente) donde se articulan todos los aspectos que resultan contradictorios con el yo y, por lo tanto, inaceptables. Podría ser algo análogo a lo reprimido, desde el punto de vista freudiano (61). Esa inaceptabilidad es derivada no tanto de una propia autovaloración, sino de lo que el proceso de crianza y socialización considera como negativo. Por eso, el contenido de la sombra varía de cultura a cultura y según los peculiares procesos personales de crianza y socialización. El autor afirma, en línea con la tradición junguiana, que mientras más negada y reprimida esté la sombra, con más fuerza emerge (67). Después de este esfuerzo de definición, el autor extiende el concepto de sombra a la Iglesia, para utilizarlo como categoría hermenéutica para comprender el fenómeno de los abusos. Esta extensión está basada en la doctrina de Jung que también hablaba de la dimensión colectiva de la sombra (p. 70), que no es otra cosa que la contraparte de la identidad comunitaria. Desarrollado el concepto de sombra, el autor expone

más refinadamente su tesis: “Es posible comprender los abusos sexuales perpetrados por sacerdotes y religiosos del mundo católico como una costelación de los aspectos sombríos y oscuros de la Iglesia” (p.71).

La inexistencia de un perfil psicológico “tipo” en los clérigos abusadores, validada por la amplia mayoría de los estudios al respecto, lleva al autor a comprender el fenómeno a partir de elementos contextuales y sistémicos más que de las características de los sacerdotes abusadores. Dicho esto, el autor sostiene que el narcisismo personal es un elemento común de los abusadores, potenciado por el narcisismo institucional de la Iglesia, o clericalismo. Utilizando los recursos literarios del mito clásico de Narciso, el autor sostiene que las dinámicas abusivas tienen que ver fundamentalmente con la asunción de una figura paterna por parte del sacerdote, que encuentra particular resonancia en personalidades con vulnerabilidades narcisistas (124-125). En el fondo, en el marco del mito de Narciso, la relación víctima-victimario reproduce la relación Narciso-Eco en el mito.

Por lo que se refiere al clericalismo, este sería fundamentalmente una idealización del presbiterado católico y, por extensión, de la institución eclesial en su conjunto (132). Al describir esa idealización se enfatiza su naturaleza estructural, vinculada a la

organización jerárquica de la Iglesia y a la transformación sacramental de los presbíteros (probablemente aludiendo a lo que significa el carácter sacramental, expresión paradójicamente ausente en el texto).

En los capítulos siguientes el autor analiza los elementos fundamentales del contexto en el que se dan los abusos: la tendencia a espiritualizar los elementos disfuncionales de la vida de la Iglesia y, por lo tanto, a pensar únicamente en clave de remedios espirituales; las asimetrías de poder que se dan en las relaciones de abuso y ayuda, donde suelen producirse los abusos y la sobrecarga de trabajo del clero, que redundan en la agudización de rasgos disfuncionales que facilitan las dinámicas abusivas. Estos elementos contextuales son presentados desde una óptica quizás excesivamente negativa, que tiende a considerarlos como elementos estructurales difícilmente corregibles, sin repensar globalmente la figura del presbítero.

Del mismo modo, los últimos dos capítulos, dedicados a analizar el problema del celibato y de los abusos hacia mujeres, presentan el celibato y las relaciones varón/mujer al interior de la Iglesia casi exclusivamente desde el lado problemático. Esto es esperable, dado que se consideran elementos propios de la sombra de la Iglesia, pero no ayuda a su comprensión más amplia y profunda el vincularlos tan estrechamente a la problemática de los abusos sexuales del clero. Razonablemente, sin

embargo, el autor sostiene, a partir de la evidencia analizada, que no hay un vínculo causal entre el celibato y los abusos sexuales de los clérigos. La afirmación es matizada por el autor, para ser coherente con su tesis, de que el mal manejo de las exigencias del celibato por parte de los clérigos puede ser un factor coadyuvante a las dinámicas abusivas.

Por lo que se refiere al abuso contra mujeres, el autor señala, con razón, la invisibilización del fenómeno, a pesar de su amplia magnitud (presenta datos que hablan de que el 30% de las religiosas han sido abusadas sexualmente). Sin embargo, aprovecha este capítulo para hacer reflexiones sobre temáticas bastante más amplias como la teología de la cruz, la espiritualidad kenótica o la obediencia religiosa, que vincula de modo algo forzosamente a los abusos contra mujeres.

El autor dedica veinte páginas al final del libro para recoger sus conclusiones. En su opinión, los problemas descritos a lo largo del texto pueden articularse en cinco niveles: psicológico, teológico, eclesiológico, de cultura organizacional y espirituales. Todo ello planteado desde un esquema de la represión y relegamiento al inconsciente de los aspectos sombríos en cada uno de estos niveles, lo que empeora la crisis. La solución que propone el autor es, simplemente, elaborar esos elementos para lograr una psicología

institucional integrada. Además, asimila este proceso al sistema personal de integración con lo sombrío de la propia psique evitando autocomplacencias y una excesiva autocrítica. En el fondo, el autor plantea la solución a partir de la analogía de elaborar adecuadamente el duelo que ha significado la crisis y no dar por superada la tragedia de los abusos sexuales del clero tan rápidamente. El libro se cierra con una serie de propuestas, sin pretensión de exhaustividad, que son necesarias para este camino de solución, algunas de ellas bastante simples en su aplicación, otras que son verdaderas reformas dignas de un Concilio. La propuesta, en términos simples, es que se requiere un profundo proceso de autocrítica y no una *fuga in avanti*.

El texto es sin duda un esfuerzo de análisis sistemático que aspira a una cierta profundidad. Ofrece, entonces, elementos interesantes para la autocrítica que él mismo recomienda. Se destaca, como elemento hermenéutico y explicativo, el recurso a los mitos literarios, bastante bien logrado cuando se profundiza en ellos. Sin embargo, hay varios límites metodológicos que comprometen la validez y el espesor del análisis que, en sus grandes líneas, tiene elementos válidos que elaboran lo ya constatado por múltiples estudiosos del fenómeno. Su mirada tiende a quedar encerrada en la psicología analítica, por medio del uso amplio y, a veces,

forzado de sus conceptos como el de sombra y su rol en la psicología de las personas o el de narcisismo, que el mismo autor reconoce como ambiguo. Más problemática todavía es la extensión de estas categorías personales a una institución, como la Iglesia Católica, con lo que ello implica de una lectura monolítica y homogénea de una organización tan variopinta. Por otro lado, las consideraciones teológicas que se yuxtaponen, sin articularse adecuadamente a las reflexiones psicológicas, son con frecuencia unilaterales, además de basarse mayoritariamente en literatura secundaria, incluso cuando se refiere al análisis de las posiciones oficiales de los Pontífices. Muchas veces no queda demostrada suficientemente la conexión entre esas reflexiones teológicas y el problema de los abusos. Quizás el sesgo profesional del autor, dedicado a la atención psicológica de víctimas de abuso y de presbíteros, determina que el análisis se haga siempre desde lo patológico o desde el daño causado por los abusos. A veces el lector queda con la impresión de que explica las características globales de la Iglesia y del presbiterio a partir de los sacerdotes abusadores y del encubrimiento eclesiástico. Otro elemento metodológico, cuya ausencia debe ser notada, es la falta de comparación del fenómeno del abuso sexual eclesiástico con otros ámbitos donde también éste se da. Resulta curioso que, a pesar de que se

reconoce la existencia de este fenómeno en otras relaciones de ayuda y en otras instituciones, como la misma familia, no se comparen las dinámicas propias de ellas con las que se dan en el ámbito eclesiástico. El autor parece abordar el problema como si fuera un *unicum* y, por lo mismo, sus propuestas de solución parecen pensadas como si el problema fuera sólo de las dinámicas eclesiales y no también de la sociedad donde la Iglesia está inserta y sus influencias en la vida eclesial.

No se pretende, con esta crítica, relativizar la gravedad de los abusos ni las necesidades de reforma, sino solamente señalar que las soluciones que el autor propone se plantean a partir de una cierta singularidad del fenómeno en ámbito eclesiástico y no de las dinámicas comunes a todas las formas de abuso. La Iglesia, inevitablemente, reproduce las dinámicas de la sociedad en la que se inserta y por ello no resulta adecuado considerarlas como si fuera una institución cuyas dinámicas son absolutamente originales. Así, por ejemplo, el clericalismo puede fácilmente comprenderse como una variedad de elitismo, presente en muchas otras organizaciones y en la misma sociedad en general.

Más allá de estos límites, el trabajo del autor merece reconocimiento por intentar un análisis global y sistémico en un contexto donde estos esfuerzos no

abundan, tampoco entre los teólogos.

El libro está bien escrito y su lectura resulta ágil y agradable. Lamentablemente, el trabajo de edición ha sido algo desprolijo, pues

se constatan faltas ortográficas y tipográficas con excesiva frecuencia.

CRISTIÁN BORGOÑO  
*Pontificia Universidad Católica de Chile*  
cborgono@uc.cl